

# La antropología en Iberoamérica y la formación de una identidad pluricultural

---

Miguel León-Portilla\*

**M**e alegro en verdad de participar en esta reunión, aquí en el Archivo General de la Nación, precisamente porque en ella estamos reflexionando acerca de las formas más adecuadas de preservación de la memoria histórica y antropológica de Iberoamérica, los países de lenguas española y portuguesa, por cierto tan cercanas éstas entre sí. La feliz convocatoria, hecha por la maestra Patricia Galeana, sabia directora de este Archivo, reúne aquí a don Ignacio Hernando de Larramendi, fundador del Instituto Histórico Tavera, con sede en España, a su eficiente colaborador, Iñaki González Casanovas, así como a directores de otros archivos y a estudiosos de la historia, la antropología y la archivística.

De modo especial, como lo ha expuesto nuestro amigo Ignacio Hernando de Larramendi, dirigimos ahora la atención a las posibilidades que abren las modernas tecnologías para preservar mejor y difundir ampliamente con costo bastante reducido, obras y documentos que son fuentes indispensables para el conocimiento de la historia, la etnohistoria, la etnología, la lingüística y otras ramas del saber relacionadas con la identidad de los países iberoamericanos.

No poco es lo alcanzado ya en estos campos por el Instituto Histórico Tavera, tanto a través de sus ediciones en forma de libros sobre estas materias, como por medio de discos compactos en que se reproducen obras y documentos de primordial importancia, precedidos siempre de estudios introductorios a cargo de especialistas. En relación con esto, reflexionaré sobre lo más sobresaliente en lo que ha sido la antropología en Iberoamérica y lo que podrá alcanzarse a través de un proyecto como el que este Instituto Histórico ha puesto en marcha.

La antropología, como estudio de las culturas, nació en el Nuevo Mundo. Los europeos se encontraron allí con miles de grupos étnicos, con gran variedad de religiones, visiones del mundo, variadas formas de organización social, política y económica, un sinfín de lenguas, formas de vida muy distintas entre sí, gente que vivía en pueblos y ciudades o en aldeas de agricultores o en el interior de las selvas. Las incontables diferencias, que abarcaban asimismo los rasgos somáticos de esos miles de grupos étnicos, plantearon desde un principio muchas interrogantes.

\* Presidente de la Academia Mexicana de la Historia.

¿Cuál era el origen de esos pueblos? ¿Por qué existían tantas diferencias entre ellos? ¿Y qué decir de la Babel de sus lenguas, a algunas de las cuales parecía casi imposible reducir a arte gramatical?

Desde los tiempos de los Reyes Católicos se ordenó a los funcionarios de la Corona y a los frailes que marchaban al Nuevo Mundo hicieran descripciones de los diversos grupos con quienes entraban en contacto, sobre todo de sus creencias religiosas y otros muchos rasgos culturales, así como de las tierras en que habitaban, sus cultivos y posibles riquezas.

Algunos frailes trabajaron intensamente en la ardua tarea de conocer las culturas y las lenguas de la gente a quien querían convertir al cristianismo. En este empeño sobresalen en México fray Toribio de Benavente Motolinía, Andrés de Olmos, Diego Durán y, de manera muy especial, Bernardino de Sahagún. Este último, por el enfoque que dio a sus investigaciones, tratando de abarcar en su ser integral la cultura de los pueblos nahuas, ha recibido el título de padre de la antropología en el Nuevo Mundo.

Incluso de frailes como Diego de Landa, de quien se sabe entregó al fuego numerosos escritos indígenas, también puede afirmarse que investigó acerca de la cultura de los mayas. De esto da prueba su *Relación de Yucatán*. Algo parecido ocurrió en el ámbito andino en donde Cristóbal de Molina, el Cuzqueño, buen conocedor del quechua, transcribió un conjunto de oraciones prehispánicas en esa lengua y escribió una importante obra titulada *Fábulas y ritos de los incas*. Deben mencionarse asimismo los trabajos de Juan de Betanzos, fray Martín de Murúa, el jesuita Bernabé Cobo y otros. Tareas semejantes se llevaron a cabo en muchos lugares del Nuevo Mundo, en particular en Guatemala, Nueva Granada y Venezuela, así como en Chile y los ámbitos Tupi-Guaraní.

Si bien todas estas investigaciones tuvieron como propósito principal conocer las religiones indígenas conocidas como idolátricas para lograr así que fueran abandonadas con la implantación del cristianismo, debe reconocerse que en varios casos, de modo muy especial en el de Bernardino de Sahagún, sus pesquisas lo llevaron a sentirse atraído por la cultura y la lengua que estudiaba. Así, en su gran compilación de textos en náhuatl, nota en varios lugares que hay algunos de hondo contenido moral que más aprovecharían que los sermones predicados en los púlpitos.

Es verdad que las que hoy llamamos investigaciones antropológicas de muchos de éstos que trabajaron también como espontáneos lingüistas no fueron ciencia pura. Sin embargo, sí constituyen un manantial de información antropológica de primera mano.

Dos aportaciones de esos frailes importa destacar. Una fueron sus trabajos lingüísticos. Asombra en verdad cómo, sobre todo en los siglos XVI y XVII, elaboraron artes o gramáticas de muchos idiomas indígenas y asimismo vocabularios de los mismos. Y, aunque se les ha criticado porque siguieron como marco de

referencia al *Arte* de Antonio de Nebrija, en ello hay un presupuesto anacrónico e infundado. Es anacrónico porque esos frailes obviamente no podían seguir los esquemas de Chomsky, Jakobson o de cualquier otro moderno lingüista. Al acudir a Nebrija adaptaron la que era entonces la mejor aportación para reducir a gramática las lenguas indígenas. La crítica es también infundada porque en muchos de esos trabajos de los frailes, se empeñaron éstos en describir las características propias de la que llamaron “la frasis”, es decir la morfosintaxis, y otros elementos de los idiomas nativos. “Perdóneme Antonio [de Nebrija]”, expresó fray Andrés de Olmos, “si en esto no lo sigo, porque la lengua náhuatl o mexicana es muy distinta de la griega, la latina o el romance castellano”.

La otra contribución, también muy importante, de los frailes antropólogos fue haber preparado a buen número de indígenas que continuaron por cuenta propia sus pesquisas en torno a su propia cultura y lengua. Fray Bernardino de Sahagún tuvo importantes colaboradores, entre ellos Antonio Valeriano, Martín Jacobita y otros. Eso mismo ocurrió en el ámbito de Yucatán con Gaspar Antonio Xiú y en Michoacán con Antonio Huitziméngari. En el caso de Perú hay que mencionar a Felipe Guamán Poma de Ayala.

Gracias a las investigaciones de todos estos tenemos al alcance un caudal de testimonios, muchos en lengua indígena, que nos permiten acercarnos a aspectos clave para el conocimiento de las culturas que florecieron en diversos lugares del Nuevo Mundo. Hay allí verdaderas minas para el estudio de las creencias y prácticas religiosas, la visión del mundo, las formas de organización, las lenguas y otros muchos aspectos más.

Ese fue el primer capítulo de la antropología que se ha desarrollado en Iberoamérica. Esta volvió a florecer con los trabajos emprendidos desde el siglo XIX y mucho más en la presente centuria. Como no voy a hacer aquí una historia de la antropología iberoamericana y del riquísimo caudal de aportaciones alcanzadas durante los dos últimos siglos, me limitaré a señalar los principales campos que ha abarcado y de los que seguramente se seguirá ocupando.

Señalaré, como algo muy importante, que la moderna antropología, en su estudio acerca de la identidad cultural de los pueblos, no adopta ya un enfoque esencialista. La identidad cultural se construye de continuo y se percibe en función de lo que piensan de ella tanto los que son sus portadores como los que la contemplan desde afuera. En el caso de la antropología iberoamericana, una mirada a las muy numerosas contribuciones que de continuo se realizan en función de ella, nos muestra que se la concibe como una forma de conocimiento con enfoque unitario en torno a la cultura. Abarca ramas principales como etnohistoria, etnología, arqueología, lingüística y antropología física.

La etnohistoria se dirige a conocer, apoyada en testimonios como los recogidos en sus obras por los frailes y, desde luego, también por otros, las creencias y

prácticas religiosas de pueblos en distintas etapas de su desarrollo: la prehispánica, del tiempo del contacto y de periodos posteriores. Asimismo, se interesa por la visión del mundo, las formas de vida y de producción, el comercio, la economía y todo cuanto es parte integrante de la cultura. A diferencia de la etnología, incluye ella en su enfoque un sentido histórico como lo indica su nombre, etnohistoria. Por esto los etnohistoriadores encuentran también en los archivos muchos documentos que son fuente indispensable en su investigación. Por ejemplo, el Archivo General de la Nación preserva numerosos manuscritos en lenguas indígenas, sobre todo en náhuatl, así como códices y mapas en que se registran signos glíficos y otros elementos pictográficos de estilo prehispánico, pero en conjunto ya con textos escritos con el alfabeto, muestra plástica del encuentro de dos mundos.

A su vez, la etnología busca la descripción de los diversos rasgos y patrones culturales, pero apoyada sobre todo en pesquisas de los etnógrafos. La etnología en su propósito de comprensión de la cultura de un pueblo determinado, ha desarrollado diversos marcos teóricos de comprensión, apoyados en corrientes de pensamiento como lo han sido marxismo y estructuralismo, para sólo mencionar dos de las principales conceptualizaciones al respecto.

Dar a conocer lo que son las grandes aportaciones de la etnología es, sin duda, una tarea tan importante como compleja. Recordaré, como un ejemplo, el gran conjunto de trabajos emprendidos bajo la coordinación del profesor Johannes Wilbert en torno a muchas etnias selváticas de América del Sur. Hay allí otro manantial de testimonios que permiten acercarnos al conocimiento de gente que por mucho tiempo permaneció al margen del interés antropológico. También en los archivos se conservan testimonios aportados por distinguidos etnólogos.

Las investigaciones arqueológicas, dirigidas a descubrir y ubicar culturalmente monumentos y una gama muy grande de objetos procedentes de etapas antiguas de una civilización, tienen un valor incalculable. Los objetos arqueológicos, que en México incluyen a los códices indígenas, acercan al antropólogo, por así decirlo, a realidades que pertenecen a tiempos pretéritos, que hoy podemos contemplar y aun tocar. Pero la arqueología sólo puede alcanzar la plenitud de su significación cuando se correlaciona con los logros de la historia, la etnología, la lingüística y la antropología física.

La lingüística es un mundo por sí misma. En el caso de la antropología que se ha desarrollado en Iberoamérica ha desempeñado un papel de trascendental importancia desde los días de los frailes misioneros se describieron los rasgos fonológicos, morfológicos y sintácticos, así como el léxico de muchas lenguas. Lo alcanzado en los dos primeros siglos a partir del encuentro, constituye una realización impresionante que quizá no tiene parangón en ningún otro tiempo ni lugar. Gracias a estos trabajos lingüísticos se abrió la posibilidad de un conocimiento mucho más amplio de los idiomas del mundo. Recordemos a Lorenzo de Hervás

y Panduro, pionero en la clasificación de las lenguas y en la lingüística comparada. Dar a conocer todo lo aportado por los lingüistas de los tres siglos de vinculación del Nuevo Mundo con España y Portugal, tiene importancia primordial.

Sin ello, los lingüistas estarían privados de un antecedente fundamental. Gracias a la lingüística ha sido posible acercarse al pensamiento, la visión del mundo, expresados en los muchos textos en idiomas indígenas que recopilaron los frailes misioneros. Señalaré aquí expresamente la labor que el Instituto Histórico Tavera está realizando en este campo. Se encargó a especialistas de varios países iberoamericanos la edición en discos compactos de importantes conjuntos de esas aportaciones sobre las lenguas americanas de los siglos XVI al XVIII, precedidas de estudios introductorios.

Añadiré, para concluir, que la antropología física tiene también relevancia en el contexto de la antropología que se desarrolla en Iberoamérica, en cuanto que abre el camino para conocer las características somáticas y genéticas de los pueblos originarios de este continente. La antropología física dispone en la actualidad de recursos que la vinculan con varias ramas de las ciencias naturales y físicas, las cuales contribuyen desde otras perspectivas al enriquecimiento de lo que genéricamente llamamos antropología.

La antropología iberoamericana parte, o debe partir, de una nueva perspectiva que reconozca la pluralidad cultural, tanto en el Nuevo Mundo, como en la península Ibérica. En los países americanos convivieron, antes del encuentro, pueblos de lenguas y culturas muy diferentes entre sí. Pensemos en aquellos que florecieron como grandes núcleos civilizatorios en Mesoamérica y en el área andina, dentro de los cuales existieron a su vez muchos grupos también diferentes entre sí. Hubo además gente en asentamientos en forma de aldeas de agricultores y otros grupos que llamaré periféricos, bien sean los selvícolas, o, para dar otro ejemplo, los habitantes de la Baja California que no desarrollaron ni la agricultura, ni la cerámica, ni tuvieron algún animal doméstico.

En el mosaico cultural de casi todos los actuales países americanos perduran descendientes de esta antigua variedad de portadores de culturas diferentes. Su situación presente es también muy contrastada ya que muchos subsisten marginados, excluidos en muchos aspectos de la vida política, social y económica de sus respectivos países.

A ese antiguo mosaico cultural se superpusieron, a partir del encuentro de dos mundos, las presencias hispánicas y lusitana que incluían, a su vez, gente portadora de lenguas y tradiciones distintas. Tales diferencias eran reflejo de la propia pluriculturalidad existente en la península Ibérica. Así fue como llegaron al Nuevo Mundo castellanos, portugueses, extremeños, andaluces, vascos, y, en menor grado, también algunos murcianos, aragoneses, valencianos y catalanes, de lo cual pueden exhibirse fehacientes evidencias.

En lo que hoy llamamos América Latina se produjeron muchas mezclas étnicas entre los habitantes nativos y los precedentes de la península Ibérica. A tales formas de mestizaje se sumó muy pronto el de gente de África traída al Nuevo Mundo como esclavos.

La pluriculturalidad se acentuó aún más a partir de la independencia de nuestros países. En la mayoría de ellos se establecieron grupos de italianos, franceses, alemanes, libaneses, judíos y de otros varios orígenes.

Una antropología que se proponga abarcar diacrónicamente el desarrollo de los pueblos, lenguas y culturas del Nuevo Mundo hasta el presente, tendrá que aceptar como punto de partida la existencia de la pluralidad a la que estoy haciendo referencia. Al contemplar hoy el gran mosaico étnico y lingüístico que hasta la fecha existe, tanto en los países americanos como en la península Ibérica, el antropólogo debe plantearse una pregunta crucial. Si el interés de sus investigaciones gira en torno a la formación de la identidad pluricultural iberoamericana debe cuestionarse acerca de la existencia en ella de naciones o estados-naciones.

Al hablar de nación quiero atender a la cuarta acepción de este vocablo en el *Diccionario de la Real Academia* que dice: "Conjunto de personas de un mismo origen étnico y que generalmente hablan un mismo idioma y tienen una tradición común". Contrasta mucho esta definición con la primera acepción de dicho vocablo en el mismo diccionario. Ella explica: "Conjunto de los habitantes de un país regido por el mismo gobierno".

La cuarta acepción que he citado tiene hondas raíces en la lengua castellana. Los frailes misioneros hablaban así de la nación tarasca, la nación tarahumara, la nación maya, etcétera. Reconocían de este modo que estaban refiriéndose a personas de un mismo origen étnico, de un mismo idioma y tradiciones. Fijémonos ahora en la otra acepción que define como nación al conjunto de habitantes de un país regido por un mismo gobierno.

La acepción que atiende al origen étnico, lengua y tradición, estuvo en consonancia con los criterios que regían en la época de los Austrias en España. El imperio de Carlos V estuvo formado por una gran pluralidad de naciones cuyas lenguas y tradiciones debían ser respetadas. En cambio, a partir de la época de los Borbones, el centralismo que heredaron éstos de Francia los llevó a considerar como nación al conjunto de todos los habitantes de las tierras que ellos gobernaban. No creo que sea esta una mera cuestión de palabras.

Pensar en la formación de un estado que se equipara con el concepto de una nación significa hacer tabla rasa de las diferencias culturales y lingüísticas existentes en él. Aceptar, en cambio, que en un estado puede convivir gente de orígenes étnicos distintos, con lenguas y tradiciones diferentes, equivale a reconocer la existencia de un país o estado integrado por diferentes pueblos autónomos, los que antiguamente se llamaban naciones.

La antropología en Iberoamérica debe dirigir sus investigaciones etnohistóricas, etnológicas, arqueológicas, lingüísticas y de antropología física con un enfoque que tome en cuenta la realidad insoslayable de la presencia de pueblos distintos que conviven, sin hacer exclusión unos de otros, buscando preservar lo suyo y a la vez contribuir a un bien común. Al hablar de bien común estoy tomando en cuenta otra realidad: también insoslayable.

No obstante que Iberoamérica constituye una realidad pluricultural y plurilingüística, tiene a la vez, en sí misma, elementos, no de homogeneización, pero sí de acercamiento. Más allá de todas las diferencias de la mayoría de los iberoamericanos, es un hecho que nos comunicamos en español o en portugués. Más allá de todas las diferencias que existen en Iberoamérica, hay elementos de acercamiento como son una visión del mundo, sustentada en última instancia en valores cristianos, que se evocan, con muchos símbolos, a lo largo de un calendario en que la liturgia cristiana se deja sentir. La conciencia histórica de siglos de convivencia es obviamente otro factor de importancia.

En otras palabras, más allá de la heterogeneidad cultural y lingüística, hay elementos que confieren a Iberoamérica una cierta forma de identidad compartida. Pienso, por ejemplo, que un maya, además de concebirse a sí mismo como tal, puede pensarse como yucateco y como mexicano. La construcción de su identidad como maya, yucateco y mexicano no excluye que sea también latinoamericano, pues está vinculado de varias formas con quienes habitan en Latinoamérica. Ni tampoco le impide que contemple su identidad enriquecida al estar vinculada con todo el conjunto de los pueblos iberoamericanos.

Como puede verse, la tarea que tiene por delante la antropología que inquiera en la formación de la identidad pluricultural iberoamericana es muy grande. Por ello, dar a conocer sus logros en sus diversas etapas de desarrollo es una contribución inmensamente valiosa. Una vez más mencionaré, antes de concluir esta reflexión, al Instituto Histórico Tavera, que tiene como objetivo principal volver asequibles esos logros, en particular los de más difícil acceso, valiéndose de los recursos de la moderna tecnología.

A los centenares de libros que ha publicado con contribuciones históricas, etnohistóricas, etnológicas y lingüísticas, se suman ahora los discos compactos portadores de reproducciones de trabajos de importancia fundamental sobre estas mismas ramas de conocimiento, siempre en relación con Iberoamérica. La colaboración de este Instituto como los grandes repositorios bibliográficos y documentales, en este caso con el Archivo General de la Nación, sin duda habrá de aportar cada vez mayores frutos.